

ERAGON SPAIN FILES

www.eragons.com

~ File N°1 ~

“Versión Alternativa del Capítulo *Bajo el Árbol Menoa*”

“Escrita por Christopher Paolini en Traducción Oficial.”



BAJO EL ÁRBOL MENOA

Cuando al fin Eragon y Saphira se despidieron de los demás, alzaron el vuelo hacia su casa árbol. Entre la mandíbula frontal de Saphira colgaba su nuevo sillín. Sin percatarse de tal hecho, ambos abrieron la mente de forma paulatina, permitiendo así que su conexión se expandiera y profundizara, aunque ninguno de ellos intentó alcanzar al otro. Sin embargo, las emociones de Eragon eran lo suficientemente intensas y apoteósicas para que Saphira las notara. En ese momento, preguntó:

¿Qué ha ocurrido?

Un dolor punzante se clavó tras los ojos de Eragon al explicar el terrible crimen que había cometido en Farthen Dûr. Saphira estaba tan horrorizada como él. Entonces, Eragon dijo:

Tu regalo puede ayudar a esa chica, pero lo que yo hice es imperdonable y sólo le hará daño.

La culpa no es sólo tuya. Mi conocimiento acerca del lenguaje antiguo es idéntico al tuyo y yo tampoco supe ver el error.

Al percatarse de que Eragon permanecía en silencio, añadió:

Al menos tu espalda no te ha dado problemas hoy. Deberías estar agradecido.

Eragon gruñó. No estaba dispuesto a ponerse de mal humor.

¿Y qué has aprendido en el día de hoy?

A identificar y evitar cambios meteorológicos peligrosos.

Saphira hizo una breve pausa, aparentemente preparada para compartir los recuerdos con él, pero Eragon estaba demasiado ocupado pensando en su bendición tergiversada. Ni siquiera podía soportar la idea de compartir tal intimidad en ese momento. Al comprobar que él no continuaba con el asunto, Saphira optó por un silencio taciturno.

Una vez en su habitación, Eragon descubrió un bandeja de comida a los pies del biombo, al igual que la noche anterior, y la llevó a la habitación. La cama mostraba unas sábanas limpias. Se sentó a comer y maldijo la falta de carne. Aún dolorido de Rimgar, se acomodó entre los cojines y las almohadas para disfrutar de su primer mordisco cuando la puerta se abrió lentamente.

Entra, gruñó. Y tomó un sorbo de agua.

Eragon casi se ahoga cuando Arya cruzó el umbral de la puerta. Se había despojado de sus habituales ropajes de cuero y, en su lugar, lucía una bonita túnica verde adornada con una faja atada a la cintura. También se había quitado su tradicional diadema, permitiendo así que su cabello cayera sobre su rostro y hombros. Sin embargo, el mayor cambio no guardaba relación con su vestimenta, sino con su porte; la tensión quebradiza que había impregnado su comportamiento desde que Eragon la conoció, se había desvanecido.

Al parecer, finalmente Arya se había relajado.

Eragon se puso en pie y en ese instante se dio cuenta que iba descalza.

—¡Arya! ¿Por qué estás aquí?

Rozándose los labios con el dedo índice y corazón, respondió con una pregunta.

—¿Tienes pensado pasar otra noche aquí dentro?

—Yo...

—Hace tres días que llegaste a Ellesméra y aún no has visto nada de nuestra ciudad. Sé que, desde siempre, albergas el deseo de explorarla. Deja a un lado tu desánimo por una vez y ven conmigo.

Deslizándose hacia él, Arya cogió a *Zar'roc* del lugar donde reposaba y le hizo una seña para que se acercara.

Eragon se levantó de la cama y la siguió hasta el vestíbulo. Después, descendieron unas escaleras que conducían hacia una trampilla y se dirigieron hacia una inclinada escalinata que serpenteaba alrededor del tronco de un árbol. Sobre sus cabezas, las nubes recibían el resplandor de los últimos rayos de sol antes de que éste se escondiera por el horizonte del mundo.

Un pedazo de corteza se desplomó sobre la cabeza de Eragon. Éste alzó la mirada y avistó a Saphira asomándose por su habitación, sujetándose a la madera con sus garras. Sin abrir las alas, se lanzó al aire y descendió alrededor de unos trescientos metros hasta llegar al suelo, aterrizando estrepitosamente sobre un charco de mugre.

—Yo también voy.

—Por supuesto —contestó Arya, como si no esperara menos de ella. Eragon frunció el ceño; hubiera preferido estar a solas con ella, pero sabía que lo mejor sería no quejarse.

Caminaron por debajo de los árboles, donde el crepúsculo ya había plantado sus zarcillos en el interior de los troncos, en las oscuras grietas de las piedras y en los aleros. Aquí y allí, unas preciosas linternas centelleaban en el interior de un árbol o en el

extremo de una rama, mostrando así pequeños puntos de luz en ambos lados del sendero.

Los elfos trabajaban en varios proyectos alrededor de estas luces; la mayoría trabajaba de forma autónoma, aunque había algunos pocos que lo hacían en parejas. Varios de ellos se habían acomodado en lo más alto de los árboles, produciendo unas composiciones melódicas con sus gaitas de caña. Otros, se dedicaban a contemplar el cielo con expresiones tranquilas aunque no estaban despiertos ni dormidos. Un elfo permanecía sentado con las piernas cruzadas ante una rueda de cerámica que giraba y giraba siguiendo un ritmo regular mientras una delicada urna cobraba forma entre sus manos. La mujer gato Maud, agazapada junto a él entre las sombras, observaba su proceso. Sus ojos se tornaron de color plateado cuando desvió su mirada hacia Eragon y Saphira. El elfo siguió su mirada y asintió hacia ellos sin interrumpir su trabajo.

Entre los árboles, Eragon vislumbró a un elfo, del que no podía afirmar si se trataba de un hombre o una mujer, sentado en cuclillas sobre una roca ubicada en la mitad de un arroyo. Murmuraba un hechizo sobre un orbe de cristal que mantenía entre las manos. Giró el cuello en un intento de conseguir una panorámica despejada, pero el espectáculo ya se había desvanecido entre las sombras.

—¿A qué se dedica la mayoría de elfos para ganarse la vida, cuál es su profesión?

—preguntó en voz baja para no molestar a nadie.

Arya respondió con el mismo tono de voz.

—Nuestra fortaleza con el arte de la magia nos garantiza todo el tiempo libre que deseemos. No cazamos animales ni cultivamos hortalizas y, como resultado, pasamos nuestros días trabajando en nuestros intereses, sean cuales sean. Muy pocas cosas requieren un esfuerzo por nuestra parte.

A través de un túnel de cornejo recubierto de plantas trepadoras, se adentraron en el vestíbulo de vidrio de una casa situada en el corazón de un círculo de árboles. Una cabaña ocupaba el centro del vestíbulo. En su interior, albergaba una forja y una colección de herramientas que Eragon sabía que incluso Horst codiciaba.

Una mujer elfo sujetaba un par de tenacillas ante un nido de carbón líquido y, con su mano derecha, intentaba dar forma a un fuelle. Con una velocidad extraordinaria, acercaba las tenacillas al fuego, mostrando así un anillo de metal blanco alrededor de los extremos de las pinzas, giraba el anillo por el borde de un corsé de malla que pendía de un yunque, agarraba un martillo y soldaba los extremos abiertos del anillo con un golpe y una explosión de chispas.

En ese preciso instante, Arya se acercó.

—Atra esterní ono thelduin.

El elfo alzó la vista. El cuello y las mejillas recibían un cálido resplandor desde abajo, desde el fuego del carbón. Como alambres incrustados en su tez, su rostro mostraba un delicado patrón de arrugas, la exposición de envejecimiento más espectacular que Eragon jamás había contemplado en un elfo. Ésta no dio una respuesta a las palabras de Arya. Eragon sabía que ella solía ser desagradable y grosera, particularmente desde que la hija de la reina le había honrado con ser la primera en hablar.

—Rhunön-elda, te he traído al Jinete de Dragón, Eragon Shadeslayer.

Y Eragon, añadió:

—Jamás había visto una malla igual a la tuya, ni siquiera entre los enanos. ¿De dónde sacas la paciencia para soldar cada pieza? ¿Por qué no utilizas la magia y te ahorras todo este trabajo?

Eragon apenas se esperaba el estallido de pasión que recorrió el cuerpo de Rhunön. Se arregló el cabello, y respondió:

—¿Y privarme del placer de esta tarea? Sí, cualquier otro elfo, o incluso yo, podría utilizar la magia para satisfacer sus deseos. Incluso algunos lo hacen. Pero entonces ¿qué significado tiene la vida? ¿Cómo ocuparías tú el tiempo? Dímelo.

—No lo sé —confesó.

—Realizando aquello que más te apasiona. Cuando puedes tener todo lo que deseas con tan sólo pronunciar ciertas palabras, la meta no es el objetivo, sino el camino hasta llegar a ella. Es una lección para ti. Algún día te enfrentarás a este mismo dilema, si es que vives muchos años... ¡Ahora marchaos! Esta charla me ha dejado exhausta.

Sin más, Rhunön sacó la tapa de la forja, agarró un par de tenacillas sin estrenar y sumergió un anillo entre el carbón mientras trabajaba los fuelles con una determinación aplastante.

—Rhunön-elda —dijo Arya—, recuerda: volveré por ti en la víspera del Agaetí Blödhren.

Rhunön respondió únicamente con un gruñido.

El repique rítmico del metal contra el metal, tan solitario como el llanto de un pájaro moribundo en la noche, les acompañó a través del túnel de cornejo y por el sendero. Tras ellos, Rhunön no era más que una silueta negra inclinada sobre un hosco resplandor.

—¿Ha fabricado todas las espadas de los Jinetes? —preguntó Eragon—. ¿Todas y cada una de ellas?

—Todas y más. Es la mejor herrera de todos los tiempos. Creí que debías conocerla, por su bien, y por el tuyo.

—Gracias.

¿Siempre es tan brusca?, inquirió Saphira.

Arya soltó una carcajada.

—Siempre. Para ella, nada importa, excepto su artesanía. Y además, se impacienta con cualquier cosa, o persona, que interfiera en su oficio. Sin embargo, todo este tipo de excentricidades se toleran por su increíble habilidad y logros alcanzados.

Mientras hablaba, Eragon intentaba adivinar el significado de Agaetí Blödhren. Estaba bastante seguro que *blödh* correspondía al término «sangre» y, por lo tanto, *blödhren* significaba juramento de sangre. Pero jamás había escuchado el término *agaetí*.

—*Celebración* —explicó Arya cuando Eragon le preguntó—. Festejamos la Celebración del Juramento de Sangre una vez cada siglo para honrar nuestro pacto con los dragones. Los dos deberíais sentiros afortunados por estar aquí, pues el día está a punto de llegar... —informó. En ese momento, al fruncir el ceño, sus cejas sesgadas se unieron—. El destino ha preparado una coincidencia muy prometedora.

Sorprendió a Eragon conduciéndole hacia lo más profundo de Du Weldenvarden, a través de senderos enredados con ortigas y arbustos de grosellas. De repente, las luces que les rodeaban se esfumaron y se adentraron en una jungla inquieta. En la oscuridad, Eragon tenía que confiar en la visión nocturna de Saphira para no perderse. Los árboles escarpados aumentaban de tamaño, apiñándose entre ellos y cobrando la misma forma de una barrera impenetrable. Justo cuando parecía que no podían ir más lejos, el bosque y la vegetación se desvanecieron y descubrieron un claro bañado por la luz de la luna.

Sólo un pino se alzaba en el centro del claro. No era especialmente alto, pero era más grueso que un centenar de árboles normales; en comparación, el grupo de árboles se hubiera visto tan enclenque como pimpollos azotados por el viento. Una manta de raíces rebosaba del gigantesco tronco del árbol, cubriendo el suelo con unas venas

rígidas que le hacían parecer como si el bosque naciera de ellas mismas, como si fuera el corazón del propio Du Weldenvarden. El árbol presidía el bosque como un patriarca benevolente, protegiéndole de sus habitantes bajo el cobijo de sus ramas.

—Contemplad el árbol Menoa —susurró Arya—. Asistiremos a Aгаetí Blödhren bajo su sombra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Eragon al reconocer el nombre. Después que Angela le adivinara su futuro en Teirm, Solembum se acercó a él y le dijo: *Cuando llegue el momento en que necesites un arma, busca debajo de las raíces del Árbol Menoa. Entonces, cuando todo parezca perdido y tu poder sea insuficiente, dirígete hacia la roca de Kuthian y pronuncia tu nombre para abrir la Cripta de las Almas.* Eragon no lograba imaginarse el tipo de arma que estaría enterrada bajo el árbol, ni tampoco cómo debía encontrarla.

¿Ves algo?, preguntó Saphira.

No, pero dudo que las palabras de Solembum tengan sentido hasta que nuestra necesidad sea clara.

Eragon le relató a Arya las dos partes del consejo de la mujer gato, aunque, tal y como había ocurrido con Ajjihad e Islanzadí, mantuvo en secreto la profecía de Angela por su naturaleza personal. Y porque temía que, gracias a ella, Arya adivinara la atracción que él sentía hacia ella.

Cuando acabó, Arya dijo:

—Las mujeres gato no suelen ofrecer su ayuda y, cuando lo hacen, uno debe tenerlo en cuenta. Hasta donde yo sé, no hay ningún arma escondida ahí, ni siquiera una canción, o una leyenda. En referencia a la roca de Kuthian.... el nombre retumba en mi cabeza como una voz de un sueño olvidado, familiar pero extraño. Lo he escuchado antes, pero no logro acordarme dónde.

A medida que se acercaban al árbol Menoa, la atención de Eragon se desvió hacia una multitud de hormigas que trepaban por las raíces. Unas manchas negras era todo lo que él podía vislumbrar de los insectos, pero el ejercicio de Oromis le había sensibilizado a las corrientes de vida que le rodeaban. Por eso, Eragon podía sentir la conciencia primitiva de las hormigas con su mente. Bajó sus defensas y permitió que su conciencia fluyera, rozando ligeramente a Saphira y Arya y después expandiéndose hacia todo lo que habitaba más allá del claro del bosque.

De forma repentina, Eragon descubrió una entidad inmensa, un ser sensible de una naturaleza tan colosal que apenas podía imaginar los límites de su psique. Incluso el increíble intelecto de Oromis, con el cual Eragon había estado en contacto en Farthen Dûr, se veía diminuto en comparación a esta presencia. El aire parecía vibrar con la energía y la fuerza que emanaba de... ¿el árbol?

El origen era inconfundible.

Deliberados e inexorables, los pensamientos del árbol se movían a un paso tranquilo, lento, tan pausado como el hielo arrastrándose por el granito. No se había percatado de la presencia de Eragon ni, de eso él estaba seguro, de cualquier otro individuo. Estaba completamente absorto en las cosas que crecían y florecían bajo los rayos del sol, en la adelfa y el lirio, en la primula tardía y la dedalera sedosa, en la mostaza amarilla que se alzaba junto al manzano silvestre luciendo sus flores púrpuras.

—¡Está despierto! —exclamó Eragon, sorprendido y atónito—. Quiero decir... es inteligente.

Sabía que Saphira también lo había notado; ella ladeó la cabeza hacia el árbol Menoa, como si estuviera escuchando, y después alzó el vuelo hacia una de sus ramas, cuya anchura era idéntica a la carretera que unía Carvahall y Therinsford. Se posó en ella, con la cola estirada, y balanceando la punta hacia un lado y otro con elegancia. Era

una imagen tan extraña, la de un dragón sobre un árbol, que Eragon casi suelta una carcajada.

—Por supuesto que está despierto —dijo Arya. Su voz era suave y dulce en la atmósfera nocturna—. ¿Quieres que te cuente la historia del árbol Menoa?

—Me encantaría.

Una luz relampagueante blanca cruzó el cielo cuál espectro desterrado y cobró la forma de Blagden detrás de Saphira. Los estrechos hombros del cuerpo y el cuello torcido le otorgaban el aspecto de un miserable que se regodeaba bajo unos rayos dorados. El cuerpo alzó su cabeza pálida y pronunció un grito siniestro.

—¡Wyrda!

—Esto es lo que ocurrió. Antaño aquí vivía una mujer, Linnëa, en la época de las especias y el vino, antes que nuestra guerra con los dragones y antes que nos convirtiéramos en inmortales, en la medida en que pueden serlo todos los seres compuestos de carne vulnerable. Linnëa había crecido sin la comodidad de un compañero, o de unos niños. Sin embargo, jamás sintió la necesidad de buscarlos y prefería ocupar su tiempo libre en el arte de cantar a las plantas, arte que dominaba a la perfección. Hasta que un día, un joven llamó a su puerta y le sedujo con palabras de amor. Su afecto despertó una parte de Linnëa que ni siquiera ella misma sabía que existía, un anhelo de experimentar todas aquellas emociones que, sin darse cuenta, había sacrificado durante tanto tiempo. No podía ignorar esta segunda oportunidad que le ofrecía la vida. Así pues, abandonó su trabajo y se dedicó en cuerpo y alma a aquel joven. Durante un tiempo, fueron felices.

»Pero el joven era joven y empezó a extrañar a una compañera de su misma edad. Se fijó, entonces, en una muchacha. La cortejó y la conquistó. Y, durante un tiempo, también, fueron felices.

»Cuando Linnëa descubrió que había sido rechazada, desdeñada y abandonada, se volvió loca. El joven había cometido el peor de los errores; le había dejado probar las mieles de la plenitud vital y después se las había arrebatado para regalárselas a otra mujer. Linnëa le vio con la joven y, sumida en su furia, le apuñaló.

»Linnëa sabía que lo que había hecho era malvado. También sabía que, incluso si la exculpaban del asesinato, jamás regresaría a su existencia previa. La vida había perdido toda la alegría. Así que se dirigió hacia el árbol más ancestral de Du Weldenvarden, se apoyó en él y le cantó una canción, abandonando así toda lealtad a su propia raza. Cantó durante tres días y tres noches y, cuando acabó, se había convertido en una de sus queridas plantas. Desde entonces, a lo largo de los milenios, ella vigila el bosque... Y así es como se creó el árbol Menoa.

Al escuchar el final de la leyenda, Arya y Eragon se sentaron el uno junto al otro sobre la cresta de una raíz gigantesca que sobresalía unos tres metros del suelo. Eragon balanceaba los pies y se preguntaba si Arya había relatado la historia para avisarle o si se trataba, meramente, de un cuento inocente.

Su duda se transformó en certeza cuando ella preguntó:

—¿Crees que el joven fue el culpable de la tragedia?

—Creo —respondió a sabiendas de que una respuesta tosca podía provocar una reacción negativa—, que aquello que él hizo fue cruel... y que Linnëa exageró los hechos. Ambos tienen la culpa.

Arya clavó su mirada en él de tal forma que resultaba imposible que Eragon no se percatara.

—No estaban hechos el uno para el otro.

Eragon empezó a negar con la cabeza, pero enseguida se detuvo. Ella tenía razón. Y Arya se las había arreglado para que él tuviera que decirlo en voz alta, para que tuviera que decírselo a ella.

—Quizá —admitió.

El silencio se agolpó entre ellos como granos de arena apilándose en una pared que ninguno de ellos estaba dispuesto a romper.



ERAGON SPAIN FILES



www.eragons.com

2008 © Eragon Spain / Eragons.com

